

EL SABER SOBRE EL TRABAJO EN EL CURRÍCULO ESCOLAR

Alicia Camilloni *

La oposición entre educación técnica y educación académica revela una estratificación de saberes que legitima el orden social. Superar esta tensión sería un camino para construir una sociedad diferente.

* Profesora de Filosofía y Pedagogía. Docente y directora de la maestría en Didáctica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Vicerrectora de la Universidad de Palermo. Autora de numerosos trabajos sobre educación superior, enseñanza, currículo y evaluación de la calidad de las instituciones y de los aprendizajes.

Cuando nos preguntamos qué formación debe brindar la escuela secundaria a sus egresados para que puedan iniciar estudios superiores con los conocimientos que les requieren las instituciones de educación superior, estamos haciendo un recorte en las funciones que debe cumplir la escuela secundaria. Es indebido que nos limitemos a esa pregunta y que nos planteemos solamente qué debe ofrecer a sus alumnos para que estén en condiciones de hacer un buen ingreso y un estudio exitoso en el nivel superior. La pregunta seguramente más importante es qué tipo de formación tiene que brindar la escuela secundaria a todos sus alumnos y, en particular, a los que no van a seguir estudiando. ¿Con qué estructura, currículo y organización puede la escuela lograr sus objetivos pedagógicos?

Durante casi todo el transcurso de la historia de la educación formal, una característica de las escuelas de mayor prestigio ha sido la afirmación de los valores académicos por sobre los de la formación técnica y vocacional. Esta

oposición tiene profundas raíces. La estratificación de los saberes en académicos y técnicos, estos últimos ligados al trabajo, a diferencia de los académicos que se asocian al desarrollo personal y a la ciencia, reproduce la división del trabajo en intelectual y manual y la estratificación social entre quienes piensan y dirigen y quienes ejecutan las órdenes que reciben.

Una concepción igualitaria de la educación debiera proponerse trastocar esa estratificación haciendo desaparecer divisiones que se reflejan tanto en el sistema escolar cuanto en la organización del currículo. Las reformas escolares, sin embargo, no tienen éxito en el logro de ese objetivo a pesar de que es un fin primordial de la educación desde un punto de vista filosófico y pedagógico. Los obstáculos que enfrentan son, a la vez, externos e internos al sistema escolar. Los sistemas binarios, que diferencian tipos de escuelas académicas y técnicas, al igual que los sistemas con currículo integrado de estudios académicos y técnicos, tienen grandes dificultades para superar la estratificación de los saberes. De acuerdo con Michael Young (2000), la principal dificultad estriba en que la estratificación de los saberes, que reproduce y legitima la estratificación social, sirve al mantenimiento del orden social, siendo sostenida igualmente por las formas tradicionales de organización del saber que se reproducen en la formación de los docentes y en la organización del currículo escolar.¹

Derivada de esta aguda diferenciación, la introducción del saber sobre el trabajo constituye uno de los componentes que presentan mayor dificultad y complejidad en los

procesos de planificación curricular. Aunque esto responde, en apariencia, a la necesidad de considerar un gran número de opciones que tienen, cada una, diversos alcances y diferentes problemas prácticos, las raíces de la cuestión están lejos de ser superficiales. Se originan en compromisos sociales, culturales, económicos y políticos. Resolver este problema no es una cuestión menor en el planteo curricular, ya que encontrar el modo de desarrollar en todos los alumnos el saber sobre el trabajo constituye una cuestión esencial, una de las misiones fundamentales que hoy tiene la escuela. Su solución no depende sólo de la búsqueda y el hallazgo o la copia de una buena salida práctica de reorganización del sistema y del currículo. Es un problema que sólo puede resolverse si la cuestión se plantea, primordialmente, en el marco de una teoría que permita comprenderla y resolverla en la práctica.

Educación académica y educación técnica

La oposición educación académica y educación técnica se reflejó en la organización de muchos sistemas escolares, entre ellos el nuestro, en la forma de la diferenciación entre el conocimiento utilitario y el saber con valor en sí mismo. Cuando esto implica para los alumnos la necesidad de optar de manera prematura entre uno y otro tipo de formación, aunque el elegir la educación técnica no les vede el camino hacia la prosecución de estudios de nivel superior, la desigualdad en el reconocimiento social de los saberes con los que ingresan a ese nivel afecta sus oportunidades futuras.

El saber técnico, instrumental, aparece claramente asociado a la formación para el

trabajo. Las misiones de la escuela secundaria se fueron definiendo gradualmente a lo largo del siglo xx. Así ocurrió en nuestro país, donde la escuela secundaria nació con la misión de preparar para el ingreso a estudios superiores. En un proceso que había comenzado ya a principios del siglo, primero en lo que se relacionaba con la educación agrícola y luego extendiéndose rápidamente a otras áreas de la actividad, unas pocas escuelas técnicas de prestigio constituían originalmente la expresión de la voluntad de industrialización del país. En la segunda mitad del siglo xx se profundizó, sin embargo, una tendencia diferente. Nuevas escuelas estaban destinadas no sólo a enseñar los saberes escolásticos sino también a preparar para el trabajo. La conversión de las escuelas de artes y oficios en escuelas industriales y profesionales y luego en escuelas técnicas fueron señales claras de que, en el campo de la educación media que se había destinado por tradición a preparar a los futuros estudiantes universitarios, encontrarían cabida y legitimidad otras artes y técnicas así como otras formas de enseñar.

Pero un nuevo público, el de las clases populares, era el destinatario, diferenciándose nítidamente las escuelas para varones y las escuelas para mujeres de acuerdo con los roles que debían desempeñar en la sociedad. El sistema hasta allí reflejaba con claridad una división de clases sociales y una definición también clara de los roles de género. El sistema, sin embargo, se fue modernizando gradualmente en correlación con un conjunto de cambios que se produjeron en la sociedad. En ese proceso de definición y expansión de la educación técnica,

una decisión de enorme importancia fue la unificación de las escuelas profesionales de mujeres y las escuelas industriales para varones en un solo tipo de establecimiento.

El desarrollo de la educación técnica en nuestro país fue de enorme importancia por el gran impacto que tuvo sobre la actividad económica. En ellas se formaron no sólo los empleados, obreros y técnicos con calificación específica que requerían los organismos y empresas públicas y privadas, sino que se proveyó formación a un gran número de técnicos que se insertaron como pequeños y medianos empresarios en la actividad privada.

Se fue generando lentamente un proyecto con múltiples soluciones de acuerdo con las diversas funciones que la sociedad iba planteando para la escuela secundaria. Sus misiones, así, con cierto acuerdo hasta la década del 90, fueron en principio tres: la formación básica en disciplinas seleccionadas, el desarrollo personal y la formación para la ciudadanía. A ellas se agregaba, en algunas modalidades de la escuela media, la orientación y la preparación para el trabajo, ésta última como una opción con especializaciones luego de un período de formación laboral general destinada en todos los casos tanto para quienes habrían de continuar con estudios superiores como para quienes no seguirían estudiando.

Las escuelas técnicas prepararon para el trabajo y las ocupaciones y muchos alumnos que abandonaron sus estudios sin completar los seis años del plan, al finalizar el ciclo básico y, aun antes, pudieron incorporarse al mercado de trabajo; tenían conocimientos aplicables en situaciones laborales, ese

En la segunda mitad del siglo xx surgieron escuelas
destinadas no solo a enseñar saberes escolásticos
sino también a preparar para el trabajo.



mundo no les resultaba totalmente ajeno, la transición de la escuela al trabajo no constituía una brecha imposible de salvar. Antes bien, la formación recibida se revelaba útil.

A pesar de las muchas observaciones críticas que se han hecho y de la heterogeneidad interna del sistema de educación técnica, una evaluación pormenorizada mostraría, sin duda, resultados positivos respecto del aporte que hizo al desarrollo del país y a la vida de las personas que transitaron por sus aulas, laboratorios y talleres. Sí, de seguro, había, hay y habrá siempre mucho por mejorar en todo programa y en cada institución educativa y curso, pero se impone que en ese balance se tenga en cuenta la contribución que la educación técnica hizo durante décadas a la formación de un sector importante de nuestros jóvenes. Desde hace ya tiempo, también, en cuanto se advirtió que la calidad de esta formación iba mejorando y la oferta curricular se enriqueció, se produjo no solamente un incremento de la matrícula sino que la escuela técnica se fue convirtiendo en una alternativa percibida como ventajosa por un importante segmento de la población potencial de la educación media, de modo tal que se amplió y diversificó significativamente su cobertura, tanto en lo relativo a la incorporación de mayor heterogeneidad de clases y de sectores sociales cuanto a la integración de mujeres en orientaciones antes exclusivamente masculinas.

No se había eliminado, sin embargo, ni se había propuesto eliminar la oposición fundamental entre la formación académica y la formación técnica. Dos tipos de enseñanza, dos tipos de competencias, dos tipos de conocimiento.

La búsqueda de integración

Como afirma, empero, David Carr:

El camino que daría mayor luz al debate liberal-vocacional no reside ni en la construcción de mejores argumentos retóricos a favor de uno u otro lado ni en alguna forma deliberada que permita borrar las diferencias significativas entre ambos. Lo que es necesario, en cambio, es poner más atención en cuáles son las materias o formas de conocimiento particulares que en sus peculiares modos contribuyen al desarrollo de los jóvenes, y que sean consistentes con la debida garantía de que respetan su derecho a la educación y a recibir diferentes formas de capacitación, no siendo injustamente desiguales cuando deben ser iguales ni injustamente iguales cuando deben ser desiguales².

Este problema, de larga data, fue objeto de consideración en la política educativa de todos los países. En la búsqueda de soluciones a la oposición entre las dos formas de saber relevamos diferentes estrategias de diseño

curricular y modelos de integración de la formación disciplinaria académica y la educación tecnológica. Entre éstas se destacan en un nivel macro las siguientes:

- incorporar más formación académica en las escuelas técnicas;
- incorporar más formación tecnológica en las escuelas secundarias generales;
- instaurar formas de organización curricular en las que profesores de disciplinas académicas y profesores de materias tecnológicas trabajen en conjunto;
- integrar, en una sola organización curricular, la formación disciplinar académica y la formación tecnológica.

En lo que respecta a las formas de incorporación de la formación para el trabajo, aparecieron multitud de iniciativas de nivel local, experimentales y altamente creativas: currículos integrados; programas de orientación para los estudiantes; nuevos métodos de enseñanza y de evaluación, principalmente basada en modalidades de enseñanza experiencial, como por ejemplo diversas formas de la educación relacionada con el trabajo y con problemáticas externas a la escuela. Entre ellas podemos mencionar las siguientes:

- programas sándwich con períodos sucesivos de estudio-trabajo-estudio;
- experiencia de trabajo incluida en el currículo escolar;
- proyectos integrados de formación disciplinar y técnica;
- enseñanza para la solución de problemas reales;
- experiencias de creación y/o administración de miniempresas;
- experiencias de desarrollo de actividades comunitarias.

La oposición académica/técnica, sin embargo, persiste y la educación técnica o tecnológica es la que se asocia de manera excluyente con la formación para el trabajo. Debemos preguntarnos, entonces, si es correcta esta asociación que parece excluir la formación académica del saber para el trabajo y que cree innecesaria la formación para el trabajo en la formación académica. También se imponen otras preguntas: ¿todos los alumnos deben recibir formación para el trabajo? ¿Qué es el trabajo?

El trabajo es una actividad esencial para el hombre. Forma parte de su identidad. David Corson afirmaba que “[...] la conexión entre educación y trabajo es una relación clara: todo proceso de escolarización diseñado por personas que ven a la educación como una iniciación en alguna forma valiosa de vida verá al trabajo como un componente de esa forma valiosa de vida, porque el trabajo es una parte del espectro normal y necesario de las actividades humanas”.³

Currículo e integración de saberes

Pero la definición del concepto de *trabajo* es compleja ya que es necesario incluir en él las diversas formas que adopta: trabajo ocupacional, trabajo recreativo, trabajo doméstico y trabajo social. Modalidades de actividad que se diferencian pero no se oponen, porque más bien, se complementan. “Es un error concebir al trabajo, el juego, la recreación, la vida doméstica, la actividad política y el servicio social como discontinuos”.⁴ El currículo escolar debe contemplar la inclusión de la formación del saber sobre el trabajo para todos los alumnos, teniendo en cuenta las diversas formas

que éste asume y las que hoy ha adoptado el trabajo ocupacional. Han cambiado los sistemas de producción y ha cambiado el trabajo. Si los dos tipos de formación son indispensables para el desarrollo personal y del ciudadano, la formación académica es igualmente necesaria para la formación para el trabajo. El problema principal reside en la necesidad de anticipar cuáles han de ser las ocupaciones que se ofrezcan en el futuro. Preparar a los jóvenes para trabajos que todavía no existen, pero que existirán mañana, es la principal dificultad y formarlos para encarar etapas de transición, pensando que la preparación que hoy se brinde también estará formando parte del proceso de la creación de los nuevos trabajos. Por lo tanto, el movimiento que la formación debe prever es múltiple:

- de la escuela al trabajo;
- de un trabajo a otro trabajo;
- de la desocupación al trabajo;
- del trabajo a la desocupación.

El llamado *nuevo vocacionalismo* integra destrezas técnicas vocacionales y académicas. Hoy se han incorporado al léxico expresiones como “capacitación para familias

de profesiones”, destrezas genéricas, entrenamiento modular, destrezas transferibles. Se incluyen siempre destrezas sociales, además de los conocimientos generales. Hay un fuerte consenso respecto de que se debe proveer tanto educación tecnológica general y específica como educación general de base muy amplia. El desarrollo de habilidades críticas y creativas es, ciertamente, indispensable para la innovación. La capacitación debe preverse como un proceso continuo. La especialización no deberá aislar un tipo de formación de otro, debe ser flexible. Aprender a trabajar; qué es trabajar; trabajar con otros; enfrentar situaciones auténticas, reales, de trabajo, poniendo en juego conocimientos disciplinares aprendidos que adquieren así significación social, permitirá aproximarse a resolver la oposición escuela/trabajo, escuela/ vida social, escuela/ realidad social y laboral.

Pero equipar a los jóvenes con destrezas y habilidades significativas y de espectro amplio no es en verdad la única respuesta. Son necesarias a la vez, políticas de empleo y reformas en la capacitación, articuladas a lo largo del tiempo.⁵ 

Notas

¹ Young, Michael, *O Currículo do Futuro*. Campinas SP, Papirus, 2000.

² Carr, David, “The Dichotomy of Liberal Versus Vocational Education: Some Basic Conceptual Geography”, en Neiman, Alven (ed.), *Philosophy of Education 1995*. Urbana, Ill., Philosophy of Education Society, 1996, pp. 53-63.

³ Corson, David, “Introduction: Linking Education and Work”, en Corson, David (ed.), *Education for Work*. Clevedon, Multilingual Matters-The Open University, 1991, pp. 49-54.

⁴ Entwistle, Harold: “Leisure, work and education”, en Corson, David (ed.), *Education for Work*. Clevedon (Philadelphia), Multilingual Matters-The Open University, 1991, pp. 119-154.

⁵ Gleeson, Denis, *The Paradox of Training*. Buckingham, Open University Press, 1992.